

El Deber y el Derecho.

PERIÓDICO GENERAL.—ÓRGANO DE LOS INTERESES DEL PUEBLO.

Editor responsable y propietario, JUAN F. TRONCOSO.

SERIE DE 12 NÚMEROS,
Vale \$ 1-00.

ESTE PERIÓDICO
POR AHORA ES SEMANAL.

Serie I.

SALDRÁ Á LUZ
TODOS LOS SÁBADOS.

San José, Sábado 17 de Febrero de 1894.

NÚMERO SUELTO,
Vale 10 centavos.

Administración.

La de *El Deber y el Derecho* está á cargo del mismo editor responsable y propietario; y el despacho en la Imprenta de la *Prensa Libre*.

Los comunicados de interés general se publicarán gratuitamente, lo mismo que aquellos en que estén interesados los establecimientos de beneficencia.

El precio de los remitidos de interés particular será el de \$ 5-00 por columna y si no la llenare se cobrará proporcionalmente.

El costo de los anuncios se pagará conforme á la siguiente

TARIFA.

Por cada centímetro cuadrado una sola vez..... \$ 0-01 cts.

Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado „ 0-00½ „

Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán á razón de..... „ 0-25 „

Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 20 0/0.

No se publicarán comunicados ni anuncios que no estén escritos en términos cultos y comedidos.

Todo pago se verificará anticipado.

El editor no es responsable por los artículos firmados

No se devolverán originales de los escritos ajenos que por ser inconvenientes dejen de publicarse.

El Deber y el Derecho.

ACTUALIDAD.

El asunto del día es el resultado que dieron las elecciones de primer grado.

Por lo que hemos venido observando, hubo independencia y libertad en los actos electorales.

Empleados subalternos emitieron sus votos en favor de diversos candidatos.

Es un espectáculo consolador el que presenta un país que tiene vida pública, y han hecho muy bien los ciudadanos que ejercitaron el mas sagrado de sus derechos.

La campaña electoral no está concluída, pues faltan las elecciones de segundo grado.

Varias veces hemos pensado si no sería mejor que las elecciones fueran directas, sin esos intermediarios en quienes el pueblo delega la facultad de elegir el Presidente de la República, á los Diputados al Congreso y á los Municipales.

Hubo un tiempo, cuando Centro América estaba unida, en que se hacían directas las elecciones populares, y así se hacen hoy en Guatemala y en otros países de América.

Una vez fué electo Presidente don José Cecilio del Valle, el sabio centroamericano cuyos escritos vivirán eternamente, y cuya vida pública estuvo llena de peripecias y de glorias.

El Congreso tergiversó la elección de Valle.

Mas tarde fué otra vez electo Presidente y declarado como tal; más no llegó á tomar posesión del mando, y lo que llegó á Guatemala fué el cadáver del sabio, que había fallecido en su hacienda.

La suerte del hombre está llena de misterios y casi siempre en esta vida lo que más se ambiciona es precisamente lo que no se alcanza.

Pero dejemos en paz las épocas pasadas de nuestra historia y vengamos á la actualidad, que es lo que por ahora mas nos interesa.

Esta campaña electoral ha presentado la particularidad de que hayan sido los candidatos en inusitado número.

En otros tiempos no pasaban de dos los que se disputaban el mando, como por ejemplo cuando surgió la candidatura del inolvidable don Julián Volio, y cuando hace cuatro años los únicos candidatos eran el señor Licenciado don José J. Rodríguez, actual Presidente de la República y el distinguido ciudadano Licenciado don Ascensión Esquivel.

En ninguna época como en la actual había funcionado la prensa con tanta constancia y laboriosidad, y los diversos clubs también han sido campeones denodados de sus respectivos Jefes.

Las elecciones practicadas ¿satisfacen la opinión de la generalidad? Creemos que nó; y esto es lógico, desde luego que han sido varios los candidatos proclamados.

Muchos piensan que convendría algo que fuese una especie de con-

ciliación entre los distintos bandos, y en verdad que no puede ponerse en duda lo ventajoso que sería llegar á una solución que fuera satisfactoria para todos.

Vale mucho un Gobierno que se inaugura con el apoyo de la plena opinión pública.

Ese Gobierno encontrará sin dificultad los mejores servidores, y el concurso de muchas fuerzas para realizar el bien de la Patria. En el indicado sentido de conciliación hemos visto últimamente una hoja suelta que propone las candidaturas del Doctor don Carlos Durán, del Doctor don Juan J. Ulloa G., del Licenciado don Ascensión Esquivel y del Licenciado don Máximo Fernández.

Todo ello está indicando cuán importante va á ser la misión de las Juntas Electorales, y hacemos votos porque ellas cuando llegue la ocasión, próxima ya, se inspiren en el verdadero bien de la República.

PARTIDO DEMÓCRATA:

En la noche del 11 de los corrientes, celebró una sesión el Club Central. Ocupó la presidencia don Francisco Montero Barrantes, y habló más de una hora. La primera parte de su discurso eminentemente moral, se encaminaba á que practiquemos siempre el bien, no por la esperanza de un paraíso ni por temor á un infierno, sino por el bien mismo.

En seguida el señor Francisco Montero Barrantes, comenzó un prólogo de la Historia de Costa Rica, desde los tiempos de don Juan Mora, cuyas cenizas, dijo, debían reposar en urna de oro. Habló después de don Braulio Carrillo, é hizo apreciaciones acerca de ese Jefe.

Montero Barrantes, aunque es costarricense, tiene un corazón enteramente español, y nunca en sus brillantísimos discursos olvida á nuestra madre patria.

Habló acerca de la epopeya gloriosa de la historia de España.

Aquel discurso de una hora fué pronunciado con naturalidad, erudición y sencillez.

Después hicieron uso de la palabra el notable orador don Gerardo Matamoros, el Doctor Machado, don Carlos Hidalgo y otros varios ciudadanos.

Montero Barrantes ofreció continuar sus conferencias acerca de historia patria; más se suscitó la idea de que es conveniente dar lecciones de Economía Política. Así quedó acordado, y el Partido Demócrata, en el salón de sus sesiones, se reunirá todas las noches, y en las doctrinarias los lunes y los viernes.

COLABORACION.

LA FÉ.

Hay algo en el espíritu que alimenta al hombre en todas las acciones de su vida. Pobre el ateo que quiere ver y nada vé. Esa llama misteriosa, es la que iluminaba á los mártires cristianos, ya en el anfiteatro de Roma entregados á las fieras, ya en las sombrías catacumbas.

La Fé es la que inspiró á Cristóbal Colón cuando vino á descubrir este nuevo mundo, después de andar de Corte en Corte, trayendo como caudal las joyas de Isabel primera y el favor de los padres de la Rávida.

En medio del océano, sin brújula en aquellos tiempos, Colón en sus cinco caravelas venía inspirado de la Fé, é hizo cuatro viajes para descubrir este continente.

La Fé es la que ha inspirado á los defensores de las Monarquías, á los adalides de los torneos, á los señores feudales, encastillados en sus castillos, á los mártires de la humanidad, que tanta sangre generosa han regado sobre la tierra

Es la Fé una virtud sin la cual sería el hombre lo más desgraciado. El agonizante, en su lecho de muerte, en medio de dolores, abraza un crucifijo, pues eso es Fé.

Otros pertenecientes á diversas teogonías, buscan algo que llene el espíritu, que lo levante del lodo y podredumbre, para elevarlo hacia el cielo. Eso es la Fé.

Caminamos en un valle de lágrimas, recibimos decepciones cada día; somos como las ovejas que van dejando su bellón entre las zarzas del camino; pues algo necesitamos, necesitamos de tener Fé.

Ella era la que inspiraba á los Cruzados, bajo el estandarte de Pedro el Hermitaño, á conquistar el sepulcro de Cristo, y en aquella guerra gloriosa á contribuir á la fundación del derecho internacional moderno.

Contribuyeron á ello también los bárbaros del Norte, capitaneados por Atila, inspirados por indómito salvagismo. Por Atila, cuyo caballo donde ponía los pies no volvía á nacer yerba; y la Fé fué la que inspiró á un Papa, que con solo su presencia detuvo á los bárbaros en la plaza del Pueblo.

¡Pobre del que nada crea! La Fé inspiró á la caballería, llena de nobles intenciones.

Ahí en nuestros pobres hogares, en esas casas campestres, á veces ante una imagen están brillando candelas. Es la Fé que se levanta en medio de lágrimas y dolores, buscando un consuelo inspirado por la misma naturaleza.

Sin Fé no hay nada. Nosotros también la llevamos en el alma. Tenemos fé en el advenimiento de la verdadera democracia; en que llegará un día en que todos conozcamos nuestros deberes y nuestros derechos.

La humanidad entonces será feliz, no habrá oligarquías, ni autocracias, y los hombres como hermanos, unidos en fraternal abrazo, siempre con una limosna para el pobre, siempre con lágrimas para las amargas, con tolerancia á las diversas maneras de pensar de los demás, sin odios, sin envidias, tal vez mereceremos una mirada cariñosa del incomprendible sér desconocido, que con su aliento inflama el universo.

PAOLO.

Correspondencia.

Señor Editor de EL DEBER Y EL DERECHO.

Después de tan cruda guerra, y después de tan fuertes descargas que se dispararon unos partidos á otros, todo duerme en esta provincia el más prolongado sueño.

Todos los partidarios de tal ó cual causa guardan silencio.

Exceptúanse algunos, de cierto partido que ganó en ésta nueve Electores.

Ellos trazan visuales curvas, rectas imaginarias, y verticales efectivas, que vienen á caer sobre las coronillas de sus respectivas cabezas.

Se distinguen de este cuerpo de Ingenieros, dos maestrillos de escuela, que bien entendidos en la materia, tratan de poner en perspectiva la visual con que deban darle en el blanco al destinito.

Otros, en número de veinticinco, que aun quedan sin dar en el blanco, tiran su visual respectivamente, así: tres á la Gobernación; pero Dios nos libre que tengan puntería y nos quiten al recto don Ramón L. Cabezas, porque nos lleva un trueno: dos á la Comandancia de Plaza ¡¡Abur!! aquí sí, que no pegan ni con cañón; pues suelen desertar los proyectiles también: tres á la Judicatura Civil; á mi juicio allí no alcanza cualquier petardo, por lo alto que veo la oficina; y aun creo más, que ni en globo, pues caerían hechos un parche.

Hay dos candidatos al Juzgado del Crimen: ¡¡ehz!! Pueda ser que á don Hilario, sí le apaguen la linterna, pero ¡¡caracoles!! si con este Juez agrio y severo, matan por acá gente sin boleto, ¿qué será después?

En la Agencia de Policía parece, según los informes que he podido obtener, que continuará al frente de ella el actual, señor don Pedro Arias Barquero, hombre recto, imparcial y justiciero.

No he oído decir que haya candidato á este despacho; pero en caso de remoción de dicho señor, el que suscribe reúne los requisitos indispensables para desempeñar este cargo, y así estarían mis compañeros con el estómago convertido en un verdadero alambique.

A la Agencia Fiscal, hale echado una mirada oblicua, una mirada halagüeña, uno de los aspirantes á la Gobernación, pero..... "¡¡como que está verde!!" Mas bien presumo le toque á don Miguel Alfaro.

A la Comandancia de Policía, no he sabido. Como Municipales

parece que figurarán como Presidente y Secretario, don Ch. L. y el señor E. Z., respectivamente. Esto, por decir cierto *Civil*, que son *nulas* las actas Gutierristas en San José, Garita, Carrillos, Concepcion, Tuetal, Santiago Este y Desamparados.

Aseguran otros que don P. G. será el Ministro de Instrucción Pública. ¡¡Aprieta!! ¡¡San Caralampio!! ¡¡Socorro!!

También hay bárbaro que afirma que don Cornelio Quirós (p) será el Alcaide de Cárceles.— ¡Magnífico! Aquí sí que tendrían muy buena puntería; pero es casi imposible que este señor abandone sus negocios para aceptar dicho cargo.

Hay también otro que le tiene la puntería puesta á la Administración General de Correos. ¡¡Quia!! A éste sí que lo meteremos en un manicomio.

Los restantes de la cifra que le indiqué, están listos para ejercer el cargo de Diputados.

Pero ¡ay! amigo mío: no quisiera yo presenciar lance tan desagradable, pues parece que aquí los otros partidos están unidos como un solo hombre para arreglar esa cuestión Diputados.

Esto me han asegurado Electores de tres partidos.

Como consecuencia creo que vamos á ver el Diablo por un portillo; pero con tal que no me arruguen el tarro ó me apaguen el candil, en la otra semana daré á Ud. mejores datos.

Soy del señor Editor su attº

servidor,
K. LISTO.

Alajuela, Febrero 14 de 1894.

Sueltos diversos.

Suplicamos á nuestros abonados de Limón y de la vía que conduce á esa Comarca que se sirvan remitir al Editor de este periódico el valor de la primera serie; y hacemos idéntica súplica á nuestros agentes de otras poblaciones.

Nuestro colaborador Ruperto, nos suplica que rectifiquemos un error de imprenta cometido en el Capítulo II de su libro. Cuando se dice que don Antonio Rivera Maestre era abuelo del Doctor Montúfar, debe leerse tío abuelo.

Hoy publicamos una correspondencia de Alajuela. La de la semana pasada no la recibimos á causa de haber estado enfermo nuestro corresponsal, el que ha recuperado su salud, lo que celebramos mucho.

Ninguna noticia hemos tenido de las otras Repúblicas centro-americanas; pero sí datos para sospechar que algo grave está pasando en ellas.

El Gobierno de Venezuela ha dispuesto exigir durante treinta días patente de sanidad á todos los buques que arriben á los puertos de la República.

Saludamos respetuosamente á la señora viuda de nuestro amigo el Dr. don Rafael Morales que acaba de regresar al país.

Valiente indudablemente es un artista. Su cuadro fotográfico es un drama, perfecto en la ejecución y en todos los detalles. El retrato de la señora de Odio se presenta en primera línea; después está en su lecho de muerte.... Viene en seguida una jaula, donde está encerrado el señor Odio, y dos soldados con las armas al hombro; sigue después el retrato de ese señor, y concluye el cuadro con el retrato de nuestro Juez del Crimen, don Alejandro Castro Carrillo.

Valiente es un artista, y nos olvidamos de decir que ha fotografiado hasta la piedra con que empezó la ejecución del horrendo crimen.

De nada sirve el dinero cuando la conciencia no anda limpia. Pena horrible es la que está sufriendo el criminal, encerrado en una jaula como una pantera, sin abogado que quiera defenderlo y entregado á la execración de todo el país.

Condenemos el crimen y compadecemos al delincuente.

También Valiente, artista sin duda alguna, siempre original y nuevo, está ensayando un procedimiento litográfico, que hará época en la historia del arte. Valiente trata de que sus fotografías queden impresas en la piedra de la prensa litográfica. Él empieza á tener algún resultado en sus ensayos, mas si lograra éxito completo, haría un descubrimiento que le ahorraría grandes trabajos al artista.

Valiente es acreedor á los diplomas que ha recibido del extranjero y á los aplausos que le tributamos todos los hijos del país.

Sabemos que varios amigos y compañeros del malogrado artista don Federico Alvarado, muerto recientemente en Venezuela, se proponen dar una velada fúnebre en el Teatro Variedades, en honra de la memoria de aquel costarricense. Sus principales obras fueron un paso doble llamado *El Demócrata*, una fantasía sobre el *Rey que rabió* y dos fantasías sobre el *Anillo de Hierro*.

A propósito de Federico Alvarado, hemos tenido el gusto de ver un retrato que lo representa con notable perfección y exactitud, y ha sido ejecutado por don Patricio Carvajal A. Este es un verdadero artista, cuyas brillantes disposiciones son indudables, dado que nunca ha tenido escuela alguna.

Varios vecinos de esta capital se quejan de la polvareda que hay en algunas calles. Parece que la regadera no funciona con actividad, y eso es un mal, porque el polvo no solo es molesto sino perjudicial á la salud. Nos dicen que varios establecimientos hacen por su cuenta el riego de la parte

El Aguila de Oro es el establecimiento más elegante que hay en Costa Rica. Situado en un punto central, con la mayor desencia los señores (Castro Méndez lo presiden. Licores exquisitos, vinos finísimos, desde el Burgoña hasta el del Rín, cervezas de todas clases, objetos de arte y de fantasía; todo eso y mucho más se encuentra en el "Aguila de Oro." Ahí pueden ir las señoras á poner los piés sin desdorar, y tienen un apartamento especial. Los que quieren leer todos los periódicos del día, acudan á ese establecimiento. Y los amigos del dominó, del agedrez, de los naipes y de todos los juegos permitidos por la ley, no tienen más que concurrir al Aguila de Oro.

VARIEDADES.

RECUERDOS DE ANTAÑO.

POR
RUPERTO.

CAPÍTULO IV.

Mi primera capa.

Era la capa en mi tiempo prenda de uso diario y constante, ya se sintiese el frío de Diciembre, ya el calor de Marzo; y especialmente en los alumnos de Minerva era de rigor. Tan indispensable se consideraba, que hubo un matrimonio, pobrísimo en la extensión de la palabra, y cada nueve meses aumentaba la familia. Un compadre significó al marido que tanta fecundidad empeoraba cada vez más la situación, y el pobre hombre manifestó que no tenía capa, por cuya razón no podía salir á la calle, vivía encerrado en la casa y esa era la causa de tanta abundosa prole.

Las capas en su mayoría eran de paño y los cuellos unos de terciopelo y otras de piel de nutria; y entre las clases exheredadas, como ahora se dice, no faltaban algunas capas hechas de un género abigarrado, que llamaban barragán.

¡Ay de mí! Entre más de doscientos estudiantes que cursábamos las aulas universitarias, yo era el único que no tenía capa. Contaba yo entonces once años de edad, y á mi madre le parecía ridículo que yo tan jovencito anduviese de capa y de sombrero de copa alta; pero la falta de dicha prenda, que me hacía excepción de la regla, me humillaba, me diprimía ante mí mismo.

Al fin logré que me diesen una capa, y eso no fue tanto por mis ruegos, cuanto por la intervención que tuvo en tan serio asunto el Sr. Marqués de Aycinena, á quien todavía vivió agradecido. Como yo era tan chucuelo, y las capas son caras, á la mía le hicieron alforzas para írselas soltando á medida que fuese yo creciendo.

El día que estrené la capa, fué uno de los más gloriosos de mi vida, y me pareció conveniente dar un paseo por el portal de la calle del comercio, situado al Sur de la Plaza

Principal. Ahí habían á uno y otro lado mesitas en que se expendían artículos de buhonería, y como yo no sabía llevar bien la capa, en el aleteo de ella, derribé unas cajas con tapas de cristal que contenían no sé que tili-chis. Se me hizo la reclamación correspondiente, y fué necesario indemnizar el daño causado.

No pararon en eso mis desgracias. Yo, en la Iglesia de las Reverendas Madres Capuchinas, ayudaba todos los días á misa, oficio que me enseñó don José Mariano Batres Asturias, de quien hablaré en otro Capítulo. En cuanto al desempeño de la función de que hablo, diré que sabía perfectamente lo que se debe responder desde el *introito ad altare Dei*, hasta el *ite missa est*; pero en la parte operatoria siempre fuí bastante torpe. El día que por primera vez fuí con la estrenada capa á ayudar la misa, fué el más desgraciado, ella se me resbalaba de los hombros, no sabía como hincarme, me olvidé de levantar oportunamente la extremidad de la casulla del celebrante, y lo que es mucho peor todavía, derramé las vinajeras.

En cambio, cuando me presenté por primera vez con capa en las aulas universitarias, me sentía hecho todo un hombre, y la amaba tanto que nunca habría sido yo el casto José que la dejara en manos de la esposa de Putifar. Ni me habría acordado de Fray Luis de León, cuando quizá la única vez que jugó con los vocablos, dijo: si te prendieren la capa, huye, que sólo aquel que huye escapa.

Y fuí creciendo, creciendo y me fueron soltando las alforzas de la capa, desgracia para mí, porque entré en las escenas serias de esta vida. Tiene muchísima razón el dulcísimo Selgas cuando dice:

¡Quién pudiera cambiar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

LITERATURA.

DOLOR Y CONSUELO.

No más! no más!... contén ¡oh suerte impía
Tu arranque abrumador.
Ya no acibares ¡ay! la vida mía!
No más, no más dolor!

No más sufrir el peso que me oprime,
Que es peso de crueldad;
No más... quiero morir, que mi alma gime
Sin fé, sin amistad!

Pues ya todo hace amarga mi existencia.
¡Mi esperanza murió!
Y al morir la esperanza, mi sentencia
De porvenir grabó.

Ella es negra y terrible y pavorosa,
Oscura cual el caos y el dolor,
Horrible, cual la noche silenciosa,
Y firme, como infiel y misteriosa
La virgen del amor.

Con fuego del infierno ella está escrita,
Y riendo al escribirla, Satanás,
Parece que imprimió su alma maldita,
Que con placer al corazón le grita:
"No más gozar, no más!"

Y dice con terrible indiferencia,
Que al nacer la ilusión, la hace morir;
Que oprime y anonada la conciencia,
Que desgarrar en pedazos la existencia:
¡NO TIENES PORVENIR!...

Y al ver nacer en el Oriente el día,
Y al oír del ave el cántico de amor,
Y en medio de la fiesta y la alegría,
Viene á oprimirme, con su mano fría,
La virgen del dolor.

Y oigo su voz, horrible y pavorosa,
Que me obliga mi pecho á comprimir;
Repite esta sentencia tan odiosa:
"Será oscura tu vida, no gloriosa;
¡NO TIENES PORVENIR!"

Y así paso la vida, gimo y lloro!...
¡Lloro y gimo ¡infeliz! sin esperar!...
Cual virgen ultrajado su decoro,
Cual avaro que pierde su tesoro;
Tal lloro en mi penar!

Y no puedo evadir esa sentencia,
La sentencia cruel de Satanás!...
Si quiero que se cambie mi existencia,
Y busco los refugios de la ciencia,
Ella me dice: ATRAS.

Si busco la amistad, que protectora,
Y buena y generosa, Dios creó,
Que la hizo complaciente y bienhechora,
Y á quien mi alma con pasión adora,
Ella me dice: NO.

Si busco del amor la llama pura,
Que en todo pecho generoso habita,
Encuentro tan avara la hermosura,
Y encuentro para mí la suerte dura,
Pues que me dice: QUITA.

Si busco entonces el mundano ruido,
¡Pobre criatura de la fé juguete!
Para distraer mi corazón herido,
El mundo, cual malvado envilecido,
También me dice: VÉTE.

Y entonces ¡Dios de lo infinito dueño!
Si mi vida es un cruel, terrible sueño,
¿Cuál es el fin que me deparas, di?
¿Por qué no dejas ver en lontananza,
Un rayo de consuelo y de esperanza,
Para quien piensa y cree, como yo en tí?

¿Por qué dejas que sufra, mudo y triste,
El ideal majestuoso que me diste,
Que oprime en su dolor, mi corazón?
¿Por qué quieres que yo, sin paz ni calma,
Sintiendo esté, sintiendo dentro el alma,
Marchitarse por siempre la ilusión?

Si siempre he de vivir en noche oscura,
Y si es perenne y eternal locura,
Lo que al cerebro anonadando está,
Dame la muerte, sí: la muerte es bella,
Cuando es fatal y triste nuestra estrella,
Cuando sólo pesar el mundo da.

"La muerte es el principio de la vida..."
¡Oh sí! dame la muerte! pues perdida
Está toda esperanza para mí;
Quiero buscar allí donde te creo,
Lo que ¡Dios mío! con afán deseo,
Y que no encuentro á mi pesar aquí.

Busco la dicha ¡Dios mío!
En este engafioso mundo,
Mas sólo encuentro el profundo
Padecer.

Busco el amor bendecido,
Que sentir debe una hermosa,
Que parece ángel ó diosa
¡Y es mujer!

No hallo amores verdaderos,
Sólo viles intenciones,
No hallo sublimes pasiones
Ni amistad...!

Dame la muerte, te pido;
Con el alma te lo ruego,
Dámela, dámela luego,
Por piedad!

Quiero encontrar do tú habitas
En ese estrellado cielo,
La luz que busca mi anhelo
Y la fé.

Quiero encontrar ¡oh Dios mío!
La verdad sublime y pura,
La ideal, la ideal hermosura,
Que soñé.

Y ya que el mundo con su vil sarcasmo
Del dolor sólo ofrece el cruel marasmo
Que oprime y entorpece el corazón;
En tanto que la muerte ¡oh dulce muerte!
Ofréceme un refugio de mi suerte;
Y por siempre descanso al corazón.

Y pues que el mundo, un nombre sin valla
Ofrece dar á la existencia mía,
Sin luz, sin esperanza en porvenir,
Y en él ¡ay! nada de glorioso veo,
Al escoger, formado he mi deseo,
Entre la muerte y el dolor... ¡morir!

¡Oh sí! por Dios! muramos:
La dicha no busquemos,
Que no la encontraremos
En este mundo vil.

Aquí sólo hay pesares,
Aquí sólo hay dolores,
Eternos sinsabores,
Desilusiones mil.

En vano es buscar nombre,
En vano buscar fama,
No vive ni esa llama
Del sacrosanto amor.

Aquí sólo hay miserias.
Engaños, inquietudes.
¡Huyeron las virtudes
Del mundo corruptor!

Muramos, pues, muramos!
En brazos de la muerte
Pongamos nuestra suerte,
Nuestro vivir fugaz.

"¡Morir es ¡ay! dormir!"
La tumba está bendita,
Pues en su seno habita
La inalterable paz...

Más... ¡Silencio! ¡Silencio! qué estoy viendo!
Una voz que consuela mi dolor...
Distingo un sér que me bendice riendo,
Pero con risa de profundo amor.

¿Quién es?... ¿Un ángel?... ¡Oh! ¡que cese el llanto!
Es lo más bello de la gran creación,
Lo más sublime, lo de más encanto,
Un sér que es todo amor su corazón.

¡Es mi madre! es mi madre... ¡agradecida!
Al recordar su maternal cariño,
Yo siento el alma ¡oh sí! pues que la vida
Me dió en besos de amor cuando era niño.

¡Ella! ¡Dios mío! me enseñó á adorarle
Infundióme la fé que siento en mí,
Me enseñó la manera de implorarte,
Diciéndome que así se llega á tí.

Después que amé la libertad bendita
Tal como ahora, con cariño fiel,
Y conocí la sociedad precita
Que en pago de mi amor brindóme miel.

Cuando ella comprendió mi sufrimiento
Cuando mi alma era presa del dolor,
Y era pena y martirio el pensamiento,
Y era pena y martirio ¡ay! el amor,

Entonces, como el ángel de mi guarda,
Llena de inmensa fé y abnegación,
Y corriendo, volando, nada tarda
En darle la esperanza al corazón.

Y aun hoy, cuando ya hastiado de la vida,
Cuando cansado del dolor profundo,
Cuando ya el porvenir está perdido,
Cuando me dice: VÉTE, ingrato, el mundo:

Cuando ya la amistad es ilusoria,
Y el amor es quimérica invención;
Cuando han concluido ya sueños de gloria,
Y pedazos tengo hecho el corazón:

Cuando puesto ya un pié en la tumba helada,
Para ir á descansar eternamente,
Ella llega, y con voz tierna, aunque airada,
Me dice: "hijo del alma, vente, vente."

Y me ofrece su amor ¡su amor de madre!
Único amor que no me dió pesar;
Que es puro, como lo es el de mi padre,
Que es santo, como el ara del altar;

Tú me muestras ¡oh madre cariñosa!
Que hay un sér en la vida que me aclama.
Que es preciso vivir y hacer dichosa
A la sólo mujer que en verdad me ama.

Al mostrarme tu amor, cesó mi llanto.
Seguiré mi destino, como hasta hoy,
Sufriré el más amargo desencanto,
Más no quiero morir, pues feliz soy.

MIGUEL A. FORTÍN.

Tegucigalpa, Noviembre de 1882.

Folleto.

Un Cuento en una Carta.

QUERIDA JULIA:

(Concluye.)

Al caer la tarde, llegó la diligencia
á un pueblo de no escaso vecindario,

donde habían de cenar los viajeros y mudar el tiro los zagales para continuar el viaje; pero Juan, viendo el mal estado de Resmilla, no quiso aceptar la responsabilidad de meter á su amigo en el coche, tal como se encontraba, ni pudo abandonarle solo y entre gentes extrañas. Mandó, por tanto, bajar los equipajes de la vaca, pidió un cuarto con dos camas, acostó al enfermo con ayuda de un criado, y se preparó á pasar la noche en aquella mala posada, disponiendo antes que llamasen al médico.

Cuando éste llegó, Resmilla había recobrado el sentido.

—No te alarmes, le dijo Juan, esto no es nada. Nos hemos embahulado en este maldito coche enseguida de almorzar, te has mareado, has hecho mala digestión. . . . En fin, esto no es nada. Nos iremos por la diligencia de la mañana.

El médico examinó cuidadosamente á Resmilla, escribió una receta, ordenó que le dieran poca conversación, y salió del cuarto haciendo una seña á Juan para que le siguiese.

Fuera ya de aquel aposento, le habló así:

—¿Es usted pariente de ese caballero?

—No señor: soy solamente su amigo; pero no he creído conveniente darle aquí sólo y en este estado.

—Pues ha hecho usted perfectamente, porque ese señor está muy grave. Eso que usted ve es ni más ni menos que una congestión cerebral de las que vienen espada en mano, y contra las cuales nada podemos. Si tiene familia, avísele usted; si es creyente, dígame usted que se prepare, porque esto va muy de prisa. Y como no sea para cosa grave, que no le hablen: el cura, el escribano y usted. . . pero poca, poca conversación.

Figúrate como se quedaría Juan. No tuvo otra cosa que hacer, sino lo que era forzoso. Dudó mucho, mucho antes de decidirse; pero ¡quién acepta la responsabilidad de dejar morir así un hombre, sin prevenirle del riesgo que corre, sin pensar en que puede tener familia á quien desear ver, ó graves asuntos que arreglar? Juan mandó llamar al Alcalde que estaba en un café inmediato jugando al dominó; habló con él unos instantes, teniendo la dicha de tropezar con un hombre listo, y aprovechando luego un momento de lucidez en que Resmilla era dueño de todas sus facultades, entró á verle.

—Creía que dormías, y por eso no entraba.

—Me siento mal, muy mal: ven, te quiero hablar; más cerca. Esto se acabó. Hace dos años tuve otro ataque, y me dijeron, ó mejor dicho, yo averigüé que los médicos afirmaron que si se repetía. . . en fin, yo conozco que me muero. Haz que vengan un escribano y testigos.

Salió Juan del cuarto, no sin haber procurado calmar á su infeliz amigo, mandóse venir á un escribano; entraron como testigos el Alcalde con un hermano suyo, y un momento después Resmilla dictó su testamento

con voz clara, en términos breves, y lo firmó sin que la mano le temblara.

Pero tú, figúrate cuál sería la sorpresa de Juan, cuando al hacer la instrucción de heredero, Resmilla declaró que no tenía familia y que dejaba toda su fortuna, de cerca de un millón de duros, á su amigo don Juan de Alerce. ¡A mi marido!

En vano Juan, asombrado de lo que oía, quiso contradecirle, preguntarle si no tenía otros deberes que cumplir ó instrucciones que darle; Resmilla se ratificó en lo dicho, rogó al Alcalde que se aproximara á la cama, repitió clara y terminantemente su voluntad, aseguró que no tenía familia, y añadió por último:

—Que me entierren modestamente, y tú, Juan, has construir en mi pueblo una escuela; dinero te queda para eso y mucho más.

Dos horas después, Resmilla era cadáver, y nosotros eramos ricos. A los tres días, Juan salía para Madrid; á los cuatro meses estábamos en posesión de la fortuna de aquel hombre, que por tan extraño modo nos había hecho poderosos.

¡Qué cambio se operó en nuestra casa y aún en nosotros mismos! Juan hizo dimisión del destino; alquilamos un cuarto mucho mejor que el que teníamos; sustituimos el moviliario viejo, reunido poco á poco, por uno encargado de pronto y pagado en el acto; nos abonamos á la ópera; me hice trajes magníficos; tomé un aya francesa á los chicos; variaron radicalmente nuestros gustos; casi se torcieron nuestras inclinaciones, como si al contacto del oro, que los disculpa, pudieran desplegarse los defectos. . . . pero seguimos queriéndonos y estimándonos cual si fuéramos pobres. Estoy segura que mi Juan no gasta un duro cuyo empleo yo no conozca, ni yo doy un paso que él no pueda saber.

Y sin embargo, me falta aquella dicha tranquila y reposada de los tiempos pasados: desde hace algunos meses buye en lo hondo de mi corazón una pena, como burbuja de aire en el fondo de un vaso: no es suficiente para agitarlo y basta para comoverlo. . . .

Ya sabes que mi padre tuvo la manía de los pergaminos y blasones; por eso cuando me casé me dió, entre otras muchas cosas, dos cuadritos pequeños en que él mismo había dibujado nuestro Escudo, un geroglífico muy raro, que sólo él sabía descifrar, en el cual se veían dos pajarracos estupendos, una maza que parecía una badila, dos calderos y un perro. Pues bien; hace poco mi marido quiso arreglar un salón, vino un tapicero á casa, tomó medidas, echó líneas, trazó proyectos y por último, nos preguntó cómo deseábamos los cortinajes, aconsejándonos que los hiciésemos muy anchos, de felpa roja y con nuestro Escudo sobrepuesto, bordado con sedas, en el centro. Ya le iba yo á contestar que no teníamos escudo, cuando Juan le repuso:

—Bueno; venga usted dentro unos días y le daremos el dibujo.

Mi marido se había acordado de los dos cuadritos que medió mi padre cuando nos casamos.

Efectivamente, y como yo sospechaba, apenas se fué el tapicero, Juan me preguntó por los dos Escudos para escoger el que *hiciera mejor*.

—Están en la boardilla, le contesté.

—Pues mándalos bajar.

Dí á un criado la orden, pero no supo hallarlos; confié el encargo á mi doncella, que tampoco dió con ellos, y por último, me decidí á subir á buscarlos yo misma, pues aunque la pretensión de Juan me parecía ridícula y el viaje á la boardilla me hacía muy poca gracia, con todo transigía antes que tener un disgusto con tan trivial motivo.

A la mañana siguiente subí al desván, donde por cierto no había estado desde que nos mudamos de casa, y donde además de nuestros trastos viejos, se habían hacinado también algunos muebles en mal uso de los que tuvo en su cuarto de una casa de huéspedes nuestro infortunado Resmilla. Dos horas largas me pasé buscando los Escudos de mi nobleza: por fin los encontré en un rincón con los marcos deshechos, los cristales rotos y el color comido por el tiempo.

Iba ya á salir de aquel desván oscuro y sucio, cuando hacía un extremo vi colocados, sin orden ni concierto, los muebles del pobre Resmilla: una taquilla desvencijada con cajoncillos volcados sobre un serón de esparto; una butaca coja con el respaldo grasiento y el cuero despellejado por las uñas de los gatos; un armario de pino pintado y un veladorcito de caoba deslucida, lleno de manchas de tinta, sobre las cuales resaltaban unas cuantas gotas de esperma. ¡Qué muebles tan viejos y tan sucios! ¡Qué emoción tan dulce y tan intensa! Nadie podrá explicar como brotó la sensación que experimenté. Nadie sabrá decirme por qué modo misterioso aquellas maderas apolilladas y mugrientas despertaron en mi alma un sentimiento tan poderoso y tan profundo. Los ojos se me arrasaron de lágrimas y dejé caer al suelo los dos cuadritos de los Escudos.

Volvíme para salir de allí, y ya iba á meter la llave en la cerradura, cuando vuelto contra el muro, vi un cuadro que por su forma y su tamaño me era desconocido. Pensé que sería también de Resmilla y acercándome á él logré, aunque pesaba mucho, darle vuelta y ponerlo de frente hacia la poca luz que entraba por un ventanuco estrecho cubierto por una cortinilla natural de polvo y telarañas. Era un retrato de un hombre joven, moreno, pequeño, grueso, coloradote y corto de cuello.

Me figuré quien era, pero no me satisfacía la sospecha: aquella misma tarde pregunté á Juan:

—¿De quien es un retrato de hombre que hay en la boardilla y que yo no conozco?

—¿Uno rechoncho, muy encendido de color, ordinario y corto de pescuezo?

—Sí; ese.

—Pues ¡toma! Ese es el retrato de Resmilla.

Si, Julia, sí; era el hombre á quien debemos nuestra fortuna; el que aseguró el porvenir de nuestros hijos; el que convirtió en personaje al empleadillo de doce mil reales; el que cubrió de brillantes mis dedos ennegrecidos por las picaduras de la aguja: aquella imagen, por ridícula que fuese, debía ser sagrada para nosotros y estar en el mejor salón de nuestra casa, en el mismo salón donde Juan quisoponer, y al fin puso, los Escudos de mi padre.

Te confieso que desde entonces, sin haber dejado de querer á Juan, le estimé menos, porque és de los que ignoran que hay en el mundo algo más hermoso que hacer bien, agradecerlo.

Adios. Tuya siempre, X. . . .

Por la copia,

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

A última hora.

Inconvenientes ajenos á mi voluntad, me hacen suspender la publicación de este periódico.

Pero esa suspensión será por breve tiempo; y espero que pronto volveré á continuar la publicación de *El Deber y El Derecho*, contando con el apoyo con que el público me ha favorecido.

EL EDITOR.

AVISOS.

BOTICA FRANCESA.

Hermann y Zeledón,
Farmacéuticos y Droguistas.



IMPORTADORES Y EXPENDEDORES por mayor y menor de drogas puras, medicinas frescas, efectos de botica, cristalería, perfumería, vinos y licores añejos finos. FABRICANTES de preparaciones y especialidades farmacéuticas, perfumes indígenas, siropes y aguas gaseosas.

Nuestros efectos se compran directamente de fábrica y son por consiguiente más puros y frescos que los obtenidos por manos del comisionista, además de ser mucho más moderado en precio.

Nuestra extensa práctica y experiencia adquirida en el ramo, constituyen la mejor garantía de la superioridad de nuestros artículos. 6

CLASE ELEMENTAL AMPLEADA.

Asignaturas para el ingreso en las diversas carreras especiales, incluidas las de Religión, Caligrafía en dos meses; Composición y Estilo; Matemáticas; Teneduría de Libros é Inglés.

LECCIONES con especialidad á domicilio.—Bajo la dirección de D. Baltasar L. de Tejada, profesor Normal.

PRECIO ADELANTADO: módico y convencional.

Casa habitación, 4ª avenida E. N° 5, y Hotel 9ª Avenida O. 42. 6.

Tipografía de la Prensa Libre.